



| | | |
|---|---|--|
| EDICION DE LUJO. — Dos reales AL RECIBIR EL NÚMERO. | DIRECTORA, LA BARONESA DE WILSON — EDITORES PROPIETARIOS, J. CASTRO Y COMPAÑÍA. | EDICION ECONOMICA. — Un real AL RECIBIR EL NÚMERO. |
| Año II. | Madrid 6 de Enero de 1872 | Núm 1.º |

SUMARIO.

Advertencia.— Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.— *La melancolia*, por Lamartine.— *El día de Reyes*, por la Baronesa de Wilson.— *El aire y el agua*, por D. J. sé Selgas.— *El Libro del corazon*, por D. Ramon Ortega y Frias.— *Explicacion de los grabados.*— *Charada.*

ADVERTENCIA.

Los suscritores de la edicion económica que deseen el figurin iluminado, pueden pedirlo á esta Administracion, acompañando un real.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

La buena sociedad madrileña empieza las recepciones, y de hoy más en los saraos de nuestras elegantes damas es en donde buscaremos las bellísimas creaciones de la moda.

La señora condesa de Montijo, los señores duques de Almodóvar, los marqueses de Bedmar, la duquesa de Medina-celi y los marqueses de Bouillie, rivalizan entre sí para hacer en extremo agradables sus reuniones, no ménos concurridas que las del ministro de Alemania y las de la legacion de los Estados- Unidos.

Lujosos trajes hemos admirado, vistosos tocados y caprichosas joyas; pero entre los que más han llamado nuestra

atencion, ha sido un vestido de seda blanco, adornado con encaje y anchos bieses de terciopelo grana, que subian por delante formando delantal. Una banda de terciopelo con encaje al borde sostenia el puff, formando en el centro dos largas caidas.

El peinado era de tirabuzones enlazados con hilos de coral, y de lo mismo el collar y pendientes.

La jóven condesita de T.... ha lucido en uno de los bailes citados una falda azul celeste con túnica blanca de crespon de China, recogida con flores y lazos azules: el corpiño de la túnica tenia el escote muy bajo por detrás, y por delante cuadrado. Mangas anchas, abiertas completamente, daban á este traje algo de caprichoso y original.

Muy distinguido, en verdad, era otro vestido de glase y crespon rosa, con lo que se formaban tres dobles faldas vaporosas y encantadoras.

La linda hija de los marqueses de C....., con sus diez y siete abriles y su vestido de tul blanco recogido con ramos de rosas, parecia un ángel de candor y de belleza: sus cabellos rubios ondeados, y acariciando su espalda con sus flotantes tirabuzones, formaban como una diadema de oro.

Para una de las damas más aristocráticas y conocidas de Madrid, era un vestido de crespon de China blanco, adornado con raso color maíz y encaje de Inglaterra en la túnica; un rico aderezo de diamantes completaba tan suntuoso traje.

Para calle, tambien describiremos dos vestidos elegantísimos, de cachemir verde bronce y azul oscuro: el primero va guarnecido con raso negro; tres volantes con picos cuadrados adornan la primera falda y la túnica.

El segundo va adornado con terciopelo.

Para esta clase de vestidos se necesitan de 22 á 26 varas, y su vuelo varia de 4 y media á 5 varas y media.

Nuestro figurin iluminado presenta los trajes de máscara más en moda en este año; pero además indicaremos algunos que son caprichosos y de buen gusto, advirtiéndolo á nuestras suscriptoras, que la empresa de EL ULTIMO FIGURIN, puede satisfacer toda clase de encargos que para esos trajes se la hagan, ó mandarlos hechos si alguna señora suscritora lo deseara.

De señor de la corte de Enrique III es uno de los trajes cuyos modelos hemos recibido, y que puede servir tambien para niño: pantalon ajustado y chaqueta de terciopelo negro con túnica de seda punzó bordada con oro; cuello-gola de muselina; collar de pedrería, y toca de terciopelo con pluma negra.

Para jovencita ó para niña será lindísimo el traje de lechera flamenca.

Falda de lana listada, grana y negro, y recogido el puff con los cordones del delantal de tela; casaca con manga corta de franela blanca, con lunares encarnados, y pañuelo de cuadros semicubriendo el escote y anudado por delante.

Un terciopelo al cuello, del que pende un corazon de oro; cofia de muselina adornada con encajes, y sombrero negro y blanco, con anchas bridas que caen por los lados.

Media blanca bordada con seda encarnada, y zapato negro.

Bellísimo es para señora el que representa todos los juegos. La falda de tafetan, amarilla, negra y blanca; corpiño con aldeta, formando falda corta de seda azul con grandes picos como pirámides, de seda negra y amarilla; el cinturón lo forman argollas redondas, amarillas y negras, imitando las damas, y al rededor del corpiño los dados y el dominó; manto de corte, de seda azul con flores amarillas; abanico de naipes; en la cabeza dados que sujetan un larguísimo velo de tul ilusión.

Este traje es precioso, y de muy buen efecto.

Para niñas aconsejaremos tambien esos graciosos trajes de marquesa Luis XV ó *Pompadour*, con el cabello empolvado y muy alto, así como tambien el de aldeana y jardinera valenciana.

Para niño, de mosquetero Luis XIII, de napolitano y tirolés.

Ya en nuestras revistas sucesivas indicaremos otros que nos parezcan á propósito, y que reunan la gracia con la distinción.

Como indispensable para las señoras, ocupémonos del tocador, indicando dos ó tres invenciones prodigiosas, verdadero hallazgo para nuestras suscriptoras.

Sabido es que la primera cana, por más despreocupadas que seamos, debe causarnos notable disgusto, y que continuamente indagan las señoras los medios para combatir ese importuno huésped.

Nosotros, procurando en todo serles útil, hemos descu-

bierto que existe una pomada verdaderamente prodigiosa, pues con solo pasar un cepillo impregnado en ella, queda sin preparacion alguna teñido instantáneamente, y sin necesitar bandolina, pues presta brillo y tersura al cabello, además de ser fortificante.

Hasta los botes son especiales y de china lindísimos: nuestras suscriptoras pueden hacernos los pedidos que gusten, y serán complacidas.

Otro accesorio del tocador no ménos indispensable, es el *agua del Serrallo*, y tambien la *crema de Catay*; ambos refrescan y rejuvenecen el rostro, prestándole una frescura sin igual; y todos estos productos, al recomendarlos especialmente á nuestras suscriptoras, es porque estamos seguros de antemano que no encierran nada perjudicial.

En la cubierta podrán ver la tarifa concerniente á los pol-

vos de los dientes, que hemos anunciado ya, y que han llegado en estos dias; específico sencillo é inmejorable para la dentadura, á la que da blancura, esmalte y firmeza.

Continuando nuestras investigaciones en perfumería, hemos pedido tambien la cold-cream inglesa legítima, pues no hay nada más útil para limpiar bien el cutis al lavarse, sea el rostro, sean las manos, para los que indicaremos una cosa bien sencilla y poco costosa: los polvos franceses de almendras amargas, de los que tambien hemos recibido algunas cajas.

II.

Varias espigas de trigo, anudadas con una cinta y sembradas sobre un lindo fondo azul, forma una preciosa zapatilla; el bordado es sencillo, sobre cañamazo y al pasado.

Las espigas se hacen desde el color oscuro, hasta el amarillo más subido, componiendo en todo cinco colores.

El color más oscuro para el extremo de las espigas, y se concluyen los granos con el color más claro; en el

centro de cada grano se pasa un punto de seda color de oro, lo cual presta relieve y es de bellísimo efecto. Las hojitas se hacen de color gris claro, realzado con seda blanca, y de color oscuro, cortado con seda más clara.

La cinta se borda al pasado con seda grana; los tallos y pelusa de la espiga se hacen con lana negra, cuidando de concluir antes el fondo bordado con seda arjelina azul oscura.

Estas zapatillas se adornan con cinta azul rizada, y se forran con raso azul entretelado.

Nada más elegante y al mismo tiempo de no gran trabajo para ejecutarlo.

Lindos grabados daremos en nuestro semanario para labores, y algunos de mucha novedad, proponiéndonos, así de esto como de otros objetos, ocuparnos especialmente en lo sucesivo.

La Baronesa de Wilson.

Grabado núm. I



LA MELANCOLÍA.

Oh brisa juguetona, llévame á la orilla afortunada en donde Nápoles refleja en el azulado mar sus palacios, sus colinas, su cielo sin nubes: en donde el naranjo florece en medio de una eterna primavera. ¿A qué tardar? Partamos... Deseo volver á ver el inflamado Vesubio, saliendo del fondo de las aguas y gozar desde su cima de la vista que ofrece la aurora, deseo, guiando los pasos de la que adoro, descender por aquellas risueñas colinas.

Sígueme brisa hasta las orillas del tranquilo golfo; volvamos á esos sitios tan conocidos para mí: á los jardines de Cinta, á la tumba de Virgilio, á las ruinas del templo de Venus.

Allí, á la sombra de los naranjos, cobijados por las parras enlazadas con los mirtos, que forman sobre nuestras cabezas como un dosel de flores, arrullados por las olas y por el ambiente, solos con nuestro amor, solos con la naturaleza, tendran la vida, la luz, el sol, más atractivo.

La llama de mi existencia se consume y se extingue á impulso de la desgracia, y cuando lanza un destello, es sólo cuando tu recuerdo alhaga mi corazón.

Ignoro si me estará reservado concluir aquí mi penosa jornada, mis ojos apenas se atreven á extenderse por el horizonte...

Pero si debo abandonar esta tierra, dejar escapar de mi mano la copa que el destino parecía ofrecerme coronada de rosas, sólo pido al Creador que guíe mis pasos hasta esas orillas que embellecen tu memoria querida, saludar de nuevo ese clima feliz, y morir en los sitios en donde me han sonreído la vida y la felicidad (1).

Lamartine.

EL DIA DE REYES.

EL RAMO DE VELLOSILLAS.

I.

Aquellos de mis lectores que hayan viajado por la risueña y fértil Andalucía, habrán visitado el Puerto de Santa María, alegre y animadísimo durante la estación de verano.

(1) Ignoro si alguna de nuestras lectoras habrá leído *Graziela*, ese poético episodio de la vida de nuestro ilustre amigo Lamartine, de ese genio inmortal que admiramos más aún por haber disfrutado de su amistad.

Los pensamientos que acabamos de copiar, se dirigían, pues, á la época de su vida en que, enamorado de una joven de los al-

Muy cerca del paseo de la Victoria, existía hace algunos años una casita habitada por una familia modesta.

Los padres, tres hijas y un sobrino, la componían, y este último había sido recogido por caridad, y sin duda por conceptuarle como una pesada carga, le trataban con dureza y desvío.

Pero el consuelo del huerfanito era su prima Agustina, dulce, cariñosa, tierna, y que le amaba con la infantil sencillez y sinceridad de un corazón de catorce años: tenía además un compañero que jamás se cansaba de prodigarle muestras de cariño, un amigo fiel é inteligente, un hermoso perro que por casualidad encontró en el campo un día, y que desde entonces nunca se separó de él.

El pobre Ernesto, cansado y abatido, anhelaba buscar en el trabajo un porvenir menos azaroso, y cuando cumplió los catorce años, determinó pasar á esa rica mina que tan explotada ha sido, á América, para encontrar una fortuna.

La malignidad de una de sus primas le decidió: el día de Reyes, en que todos alegres y contentos habían recibido sus regalos, él también recibió uno, el único, de manos de su prima Agustina: era un ramo de *no me olvides*, tan lozano y bello, que Ernesto se consideró lo más feliz.

Augusta, la hermana mayor de Agustina, viendo su alegría, hizo por tropezar con el tiesto, lo dejó caer, y sus esbeltas ramas se troncharon.

Este desastre, atribuido á la casualidad, y que sólo Ernesto comprendió, hizo que la amargura reboresara en su corazón, y al día siguiente pidió permiso á su tío para embarcarse para América, pues su posición se hacía cada vez más intolerable.

El anciano miró esta resolución como un beneficio del cielo, y aprovechando de que

un amigo suyo, capitán de un bergantín, salía para Buenos-Aires, le recomendó á su sobrino, y consiguió que el viaje fuera gratis.

Pintar el dolor de Agustina, sería imposible.

—¡Cómo!—exclamó.—Me dejas para siempre, pues miro tu regreso como imposible.

—No; te juro que si la muerte no me separa de tí, volveré en cuanto tenga asegurado mi porvenir.

—Pues entonces, te ofrezco aguardar con fe y confianza,

rededores de Nápoles, pasaba las noches leyendo á Pablo y Virgilio en compañía de la familia de unos pobres pescadores, y el día recorriendo las feraces campiñas.

¡Pobre niña! obligado Lamartine á regresar á Francia, el amor y la ausencia extinguieron aquella joven belleza.

En el salón del ilustre poeta hemos visto el busto de *Graziela*, por cuya memoria conservaba verdadero culto.

Grabado núm. 2.



Y la pobre niña, aunque abrumada por el dolor, sonrió y le dió una cadena de oro, única alhaja que poseía.

Ernesto, lleno de esperanza, aunque sintiendo con toda su alma separarse de Agustina, puso en su mano un ramo de *miosotis*, *no me olvides*, diciéndola:

—Que sea un lazo eterno que conserve tu afecto por mí.

Partió, y algunos meses después recibieron la noticia de su llegada á Buenos-Aires.

II.

Pasaron doce años: un día los habitantes del Puerto, vieron pasearse por sus calles á un infeliz mendigo, que acompañado de un perro, cantaba y pedia limosna.

Su rostro, cubierto con un sombrero de anchas alas, no permitía casi estudiar sus facciones.

Generalmente era delante de la casa de Agustina en donde se detenía, á pesar de los insultos de las hermanas de la jóven, que no podían ménos de hacer alarde de su lujo é insolencia.

Pasaron varios días, y Agustina se sorprendía encontrando en su ventana diariamente un precioso ramo de flores. ¿Quién se lo enviaba? Lo ignoraba.

El mendigo recibía de manos de la jóven una cuantiosa limosna, acompañada de estas palabras:

—Rogad por mi primo Ernesto.

—¿Por qué me dice siempre esa frase?—preguntó el portador á una criada.

—¿Por qué? Es una historia muy triste: mi pobre señorita ama á ese primo con delirio, y se va consumiendo lentamente, guardando como una reliquia un ramo seco de vellosillas, que ella dice se llaman *no me olvides*.

—Mucho me interesa la historia de esa jóven, que es tan buena y caritativa.

—¿Sí? Pues os voy á enseñar el baulito en donde guarda esas flores.

Y la criada entró y volvió á salir corriendo con un cofrecillo de roble; le abrió, y el mendigo vió un ramo seco: le besó con respeto, y se alejó.

Aquella noche, Agustina, al abrir el cofrecillo, como tenía por costumbre todas las noches, lanzó un grito y cayó desmayada: su cadena estaba con el ramo de vellosillas.

Desde entonces su caridad redobló: tenía la seguridad de que su primo vivía y la amaba.

III.

De repente un rumor se extendió rápidamente por la población.

Había llegado de las Indias Ernesto, poseedor de inmensas riquezas: apenas desembarcó, compró una casa suntuosa, y la amuebló con singular riqueza. Numerosos criados negros le acompañaban, y sus trenes, sus caballos y las libreas, eran de un lujo extraordinario.

Empezó á repartir el oro á manos llenas, y su inagotable caridad, hizo que su nombre volase de boca en boca, bendecido y adorado.

Las hermanas de Agustina, recordando lo que en otro tiempo le habían hecho sufrir, temían que á su vez las despreciara, y Agustina, henchida de amor y de esperanza, le aguardaba tranquila y feliz.

La población entera le vió salir un día para ir á visitar á su prima: nadie supo lo que en aquella entrevista había pasado, pues solicitó permiso de la madre de la jóven, porque el padre había muerto, para hablarla á solas.

Llegó el día de Reyes: hacía quince años que sus primas habían tenido un placer en martirizarle, rompiendo el tueste de los *no me olvides*, que le había dado la única que desde niño le amaba.

La víspera recibieron todos los parientes una carta de convite para el día siguiente, y los pobres también supieron tenían preparada una espléndida mesa.

Agustina se presentó acompañada por su confesor y su familia, modestamente vestida, pero risueña, dichosa, confiada.

Durante la comida, refirió Ernesto los sufrimientos de su infancia, sus viajes, su fe en la Providencia, y que ésta, sin

duda alguna, le había protegido, colmándole de riquezas, en recompensa de las amarguras de su niñez, en la cual había estado privado de toda clase de cuidados y caricias, exceptuando los consuelos y cariño que le debía á Agustina.

Una hermosa maceta de vellosillas se ostentaba en el centro de la mesa.

Al llegar á los postres, Ernesto se levantó y dijo:

—Sólo una persona fué bondadosa para el pobre huérfano, y le protegió con frecuencia contra los insultos, dándole como recuerdo, como talisman, una cadena que ha sido mi constante compañera; vedla: luché con la adversidad, y la vencí, ganando en pocos años cuatro millones.

Una exclamación de asombro acogió estas palabras.

Ernesto continuó:

—Antes de presentarme deseé averiguar si mis primas habían cambiado, y disfrazado de mendigo he recorrido la población, presentándome á la puerta de mi familia para implorar su caridad: me rechazaron, me insultaron, y pensé en vengarme.

Las hermanas de Agustina se estremecieron de terror.

—Un ángel se interpuso: una mano me dió limosna diariamente, y una voz dulcísima murmuraba á mi oído:

»—Rogad por mi primo Ernesto.

—Esto hizo decaer mi cólera, y la religión, al recordarme los sufrimientos del Salvador de los hombres, me hizo perdonar: olvidemos, pues, y seamos hermanos.

El estremecimiento se pintaba en todos los semblantes, y confusas y avergonzadas, recibieron las hermanas de Agustina los ricos presentes que su primo las ofreció.

Solo quedaba encima de la mesa la maceta de vellosillas y un riquísimo estuche.

Ernesto se acercó á Agustina, abrió la suntuosa cajita, y sacó de ella un aderezo de un valor inmenso, y presentándosele, dijo:

—En cambio de tu amor y en pago de la cadena, única alhaja que poseías, y que ha sido la que me daba fuerzas para sufrir y esperar, te ofrezco este aderezo como muestra de mi amor, y mi fortuna y mi nombre á la par.

Agustina, muda, porque la felicidad embargaba su voz, tendió la mano á su primo, derramando lágrimas de ventura.

Un mes después era esposa de Ernesto, ostentándose en el balcón de su gabinete la maceta de vellosillas, aquella flor, recuerdo de las primeras impresiones de su alma.

La Baronesa de Wilson.

EL AIRE Y EL AGUA.

I.

El vuela en el valle ameno
con solicitud extraña,
ella al pié de la montaña
tiene su raudal sereno.

El trémulo se desliza
moviendo las ramas graves,
ella en círculos suaves
sus dóciles ondas riza.

Ambos se encuentran, en suma,
rivales en pompa y galas:
él perfumadas las alas,
ella cubierta de espuma.

II.

El aire al verla se engríe,
llega, la besa y suspira;
ella avergonzada gira,
tiembla toda y se sonríe.

—Yo soy, con desden, murmura
agitando su corriente,
la hija altiva del torrente
que salta en la peña dura.

Lanzando polvo en la tierra
ufano el aire le dijo:

—Yo soy más, yo soy el hijo
del rudo huracán que aterra.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11. - MADRID.

43
1272

Ayuntamiento de Madrid

III.

Suspensa el agua le mira,
tiende con gracioso encanto
la pompa azul de su manto,
y estas palabras suspira:

—Ducho en tu origen, reparas;
pero es mayor mi tesoro:
yo sobre arenas de oro

derramo mis ondas claras.

—Si tu valor no es escaso,
bien tu orgullo lo levanta;
más no hay flor, rama ni planta
que no se incline á mi paso,

—Nacen las flores más bellas
donde van mis ondas frias.

—Ya se sabe que las crias
para que yo duerma en ellas.

Grabado n.º 3.



IV.

Callóse el agua oportuna
por esquivar ó por modesta;
esperó el aire respuesta,
pero no obtuvo ninguna.

Siguió muda la corriente,

voló inquieto el aire ufano,
esperó respuesta en vano,
y al fin prorumpió impaciente:

—Desden te inspiran los celos...

y ella dijo: —Mucho subes...

—En mí se mecen las nubes.

—Y en mí se miran los cielos.



V.

Callaron: el agua grave
gimió con dulce interés;
la besó el viento suave,
y es cosa que nadie sabe
lo que sucedió después.

José Selgas.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

—¡Revelarle el secreto!... Jamás.
—Ten en cuenta que solo así podrás justificar el cariño que has demostrado por Alberto, y que aunque no sea por tu propia tranquilidad...

—No, madre mía,—replicó enérgicamente la joven.

—Pero...

—¿Queréis que yo compre mi felicidad á costa de vuestro honor? Enrique es noble y generoso, y si conociese el secreto, no tendría para mí más que palabras consoladoras; pero ni aun para mi esposo quiero que aparezca deshonrada mi madre. ¿Qué hizo usted cuando se le exigió el más cruel de los sacrificios?... ¡Ah!... Lo que usted hizo con su padre, haré yo con mi madre, porque nuestros hijos han de hacer con nosotros lo que nosotros hagamos con nuestros padres. Mi resolución es firme, y además mi dignidad me exige que Enrique tenga fé en mi virtud, sin otras pruebas que mi palabras. Si cree que soy capaz de engañarlo, ya no es digno de mi amor, y lo rechazaré aun que yo misma haya de destruirme el alma.

Inútiles fueron todas las reflexiones de Magdalena, por que su hija juró una y otra vez que no cambiaría de resolución, y que no se casaría con Enrique si éste continuaba atormentándola con sus celos.

La conversacion fué interrumpida por un criado que anunció la visita del joven Alberto.

La madre tenia necesidad de hablar á solas con su hijo, para darle á conocer la nueva situacion, y para decirle tambien que ya María conocia el secreto que hasta entonces se habia guardado tan cuidadosamente.

—Te dejo meditar,—dijo Magdalena,—y entre tanto...

—Luego veré á mi hermano y lo abrazaré, añadió María. Salió la madre.

La joven hizo un gesto doloroso, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

CAPÍTULO IV.

Cómo terminaron las explicaciones de María y Enrique.

Media hora pasó.

María continuaba entregada á sus tristes pensamientos.

Levantóse una cortina, y se dejó ver un rostro femenino bastante bello y de expresion que tenia mucho de picaresca.

Siguió levantándose la cortina sin producir el más leve ruido, y entró una mujer, que dió un paso y se detuvo.

Era la doncella de María, joven de veintidos años, de carácter vivo y alegre, ingeniosa hasta el último grado del ingenio, y capaz de sostener una intriga tan hábilmente como el más puro diplomático.

No hay que decir que era curiosa en demasía, y habladora, hasta el punto de que no podia permanecer silenciosa tres minutos.

En cuanto á lealtad, no sabemos lo que podia concedérsele; pero si diremos que la traviesa doncella creía firmemente que no habia nacido más que para dos cosas: para trastornar la cabeza de los hombres y casarse, y para hacer fortuna.

Apesar de esto, debemos hacerle justicia, declarando que

sus sentimientos eran nobles, y hubieran dado mejor fruto si ella fuese más juiciosa y reflexiva.

Lucía, porque así se llamaba, era de esas criaturas ligeras que no dan importancia á nada de lo que hacen, y en esto consistia su principal defecto.

Nunca hubiera hecho la doncella nada malo con plena conciencia de lo que hacia; pero es el caso, que como rara vez se tomaba la molestia de reflexionar, tenia que acusarse de más de un pecado de bastante importancia.

En cambio, los que recibian de la doncella algun beneficio estaban dispensados de la gratitud, porque á ella le sucedia lo mismo con lo bueno que con lo malo; es decir, que no le daba importancia ninguna, y creía que nada habia hecho cuando prestaba algun gran servicio.

Donde estaba Lucía no era posible la quietud ni el silencio, ni mucho menos la tristeza, pues ella comunicaba á todos su alegría y su animacion.

Cinco minutos hacia que la traviesa sirvienta, con su acostumbrada ligereza, habia adquirido un compromiso muy grave, cuyas consecuencias debian ser las peores para Magdalena y su hija.

Habia puesto Enrique en práctica su plan, y acudiendo á la sirvienta, le pidió auxilio principiando por regalarle una moneda de oro.

Lucía, segura de que su joven señora habia de salir triunfante de todas las pruebas, aceptó las proposiciones del celoso amante, prometiéndole espiar á todas horas, y aun buscar ocasiones para que él mismo espíase.

No deseaba más Enrique.

Iba á tener pruebas evidentes de la verdad, y muy pronto sabria si eran fundados sus celos.

Esto le pareció una dicha al joven, porque los que aman no quieren convencerse de que no hay nada más dulce, más agradable que la mentira, el engaño.

El amante celoso anhela convencer la verdad, creyendo que cuando la conozca dejará de sufrir y quedará completamente tranquilo, y precisamente su dicha depende casi siempre de todo lo contrario.

Si la ilusion nos parece una realidad agradable, ¿por qué nos empeñamos en desvanecerla para contemplar la horrible verdad completamente desnuda?

Con ilusiones engañosas es feliz la adolescencia.

La vejez es desgraciada con el conocimiento de las amargas verdades.

Cuando la experiencia nos ha dado el perfecto conocimiento del mundo, cuando nos ha dejado ver los más escondidos pliegues del corazon humano, echamos de menos la edad dichosa en que nos entregabamos á las ilusiones más absurdas, en que éramos felices con la mentira, con el engaño y hasta con lo imposible.

Empero Enrique estaba celoso, completamente trastornado, horriblemente atormentado por sus dudas, y al tormento de las dudas preferia la realidad por espantosa que fuese.

—Si me engaña,—decía,—dejaré de amarla, la miraré con desprecio, la olvidaré y seré feliz; pero mientras no me sea posible conocer la verdad, he de amarla, y mientras la ame, sufriré porque dudo.

En todo esto se equivocaba el joven, pues cuando conociese la verdad, sufriría mucho más de lo que hasta entonces habia sufrido.

¿Habia comprendido la doncella la gravedad de la situacion?

¿Habia podido imaginar cuales serian las consecuencias de la intriga en que tan ligeramente tomaba parte?

No; porque ya hemos dicho que Lucía, aunque nada juiciosa, era buena, y á sabiendas no podia ser causa de la desdicha de su joven señora.

El plan estaba bien trazado y admirablemente combinado en todos sus detalles.

Habia Enrique conferenciado con la sirvienta mientras la madre y la hija sostenian la conversacion que ya hemos dado á conocer.

No se apercibió María de la llegada de su doncella, y permaneció en la misma actitud.

La sirvienta la contempló mientras decía para sí:

—Algo muy malo sucede. Esta mañana recibió una carta

la señora, y segun he podido observar, le daban alguna mala noticia. Despues ha estado hablando con su hija, y ésta... ¡Oh!... Está pálida como un difunto, y parece que ha llorado... Y suspira penosamente... No sé lo que daría para averiguar lo que ha sucedido. Y sobre todo esto, lo que pasa con el otro. Ahora está en conferencia con la señora. Me convenia escucha lo que hablan; pero como tengo que acudir á otro lado y no soy más que una... Ya veremos.

Tosió Lucía.

María se estremeció y levantó la cabeza, preguntando á la sirviente.

—¿Qué buscas?

—Nada, señorita.

—No te he llamado.

—Ya lo sé; pero.

—Déjame.

—Es que...

—Vete,—interrumpió ásperamente María.

—¿Y qué he de decirle?

—¿A quién?

—Al señorito Enrique...

—¡Ah!...

—¿Ya no se enfada usted?

—Eres demasiado habladora, Lucía.

—No lo niego; pero es el caso que no sé como podriamos entendernos sin hablar.

—Dices que Enrique...

—Espera en la antesala, y como su mamá de usted ha prohibido que le pasen ningun recado...

—Pues que entre.

Desapareció la doncella.

Esforzose María para dar á su rostro la expresion de una tranquilidad completa; pero una mirada perspicaz hubiera adivinado fácilmente la profunda agitacion de espíritu de la infeliz.

Presentose Enrique.

También una borrasca espantosa lo trastornaba; pero lo mismo que María, esforzábale para ocultar lo que se le pasaba.

Saludáronse cariñosamente.

Enrique advirtió que la diestra de María abrasaba y temblaba.

A María le pareció que la mano de su amante estaba fria y rígida.

Ambos sonrieron.

La sonrisa de Enrique fué irónica.

La de María era amarga, ó estaba por lo ménos impregnada de una tristeza profunda.

Felicitose el joven de encontrar aquella ocasion para hablar sin testigos, y aunque habia hecho firme propósito de no pronunciar el nombre del que creia era su rival, le fué imposible contenerse, y dejó escapar algunas alusiones á propósito de las órdenes que habia dado Magdalena, para que por ningun motivo la interrumpiesen.

María sufrió en aquellos momentos mucho más de lo que habia sufrido al conocer el secreto de la deshonra de su madre y el de su propia ruina; pero no se dignó contestar una sola palabra para defenderse, y encogiéndose de hombros con indiferencia, dió nuevo giro á la conversacion, diciendo:

—Siento que no me sea posible aprovechar estos minutos para dirigirte gratas palabras y escuchar las que expresan tus sentimientos de ternura; pero es forzoso que nos ocupemos de un asunto de mucha gravedad, y que tiene algo de horrible.

—No te comprendo,—replicó Enrique con tono de extrañeza.

—Para tí no debo guardar ningun secreto.

—¿Y no te ha ocurrido eso hasta hoy?—preguntó el celoso amante con suma intencion, que no pasó desapercibida para la joven.

Esta, sintiéndose vivamente herida, levantó la cabeza, fijó una imponente mirada en Enrique, y replicó con grave tono:

—A las injurias no me digno responder, porque defenderme de las calumnias cuando se fundan en el absurdo, seria lo mismo que aceptar siquiera la suposicion de que puedo olvidar mis deberes.

—¿María!...

—Basta, Enrique. Me amas, lo reconozco, y eres digno

del amor de una mujer que valga mucho más de lo que yo valgo; pero tus dudas me atormentan horriblemente, y además de atormentarme, son una injusticia á mis sentimientos, una ofensa á mi dignidad.

—Si dudo, es porque me hace dudar tu conducta. Puedo ser injusto; pero debes reconocer que las apariencias me dan la razon.

—Cómo deseas que yo te ame?

—Siendo yo tu pensamiento único, siendo el sentimiento de tu amor uno de esos sentimientos donde todos los demás se concentren... ¡Oh!... Quiero, en fin, que me ames como yo te amo...

—Yo ambiciono algo más.

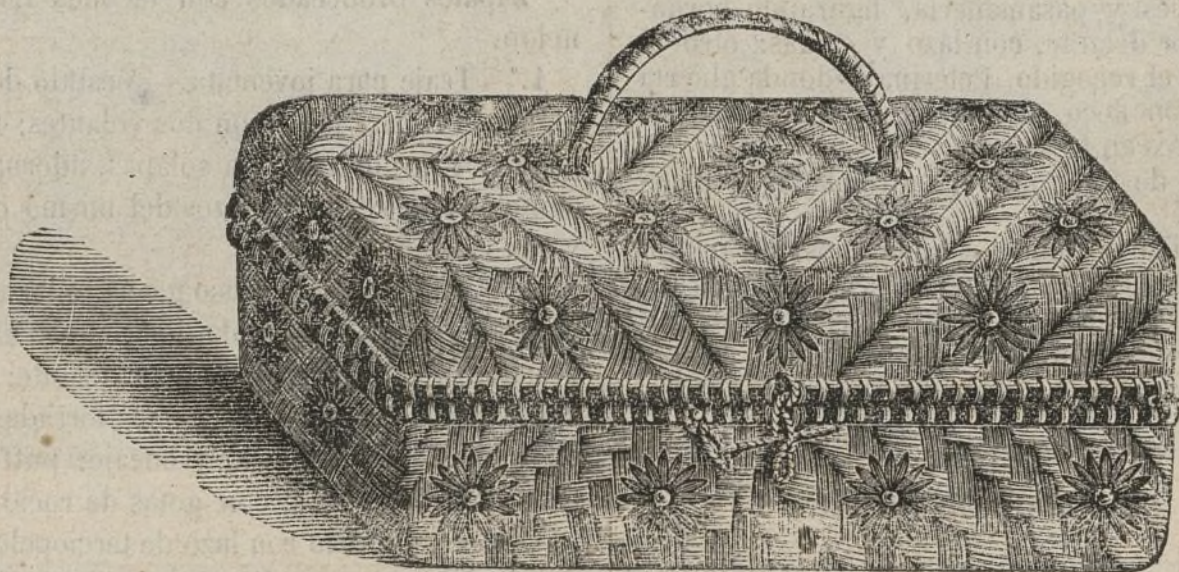
—¿Más aún!... Es imposible.

—Quiero amor con fe, porque sin la fe no es nada el amor. ¿Qué dirías de mí si yo dudara ante las apariencias, que pueden ser engañosas?

—Lo que se ve, lo que se oye, lo que se toca, no engaña.

(Se continuará.)

Grabado núm. 4.



EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

(De la edicion de lujo).

- 1.º Juego de damas.—Falda de seda: los cuadros negros de terciopelo.
- 2.º Pescador napolitano.
- 3.º India.
- 4.º Las Horas.—Seda blanca oro y terciopelo azul.
- 5.º Oriental.
- 6.º Arlequin.—El corpiño es de terciopelo: el resto glase y raso.
- 7.º Los planetas.—Terciopelo azul seda y tartalana.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

- 1.º Vestido de cola de gró de Paris, negro: primera falda adornada con un biés de terciopelo y grandes picos. Segunda falda con delantal por delante y puff por detrás, sostenido con una banda de terciopelo negro, anudada y con caidas: una guipure negra bordea la túnica. Corpiño redondo con doble lazo, bordeado con guipure; mangas Luis XV. Sombrero de terciopelo negro con escarapela, largas caidas y pluma.

Botitas de satin francés con puntas de charol.

2.º Traje verde botella.—La primera falda con un ancho volante plegado con cabecilla encañonada y una banda de pieles. Delantal redondo, formando segunda falda, adornado con pieles y un encañonado. Corpiño con aldetas largas por detrás, cuadradas y adornadas como las faldas: por delante redondo: cinturón con lazo y caídas. Sombrero de castor negro, con caída de encaje y plumas verdes.

Botas de paño verde, puntos de becerro y tacon Luis XV.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Traje para recibir visitas.—Falda de cola de seda negra, lisa. Túnica de cachemir color bronce, adornada con un fleco y un doble biés y pasamanería, figurando bordado. Corpiño-chaleco por delante, con lazo y caídas: otro al costado, que cae sobre el recogido. Pelerina redonda abierta por detrás, adornada con fleco, doble, biés y pasamanería. Puff de encaje, con flores en la cabeza.

Zapatillas Luis XV de seda negra, entreteladas y picadas, con un gran lazo.

2.º Vestido para niña de cinco á siete años, de poplin gris tórtola.—La falda está adornada con dos volantes, fruncidos con biés y lazos de terciopelo negro, formando delantal; puff; corpiño redondo con lazos de terciopelo; cuello Gabriela. Cinta de terciopelo en el cabello. Botas de becerro.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Pelerina con puntas por delante y detrás hecha de tela blanca y aplicacion de Inglaterra, adornada con bullones y cintas.

2.º Adorno de encaje blanco, adornado con terciopelo y guirnalda de flores.

3.º Sombrero de terciopelo negro con pluma y encaje; bridas de encaje; las flores de terciopelo.

4.º Corpiño de seda azul ó negro, con solapas de abanico, manga de codo y vueltas de abanico.

5.º Corpiño-chaqueta de seda violeta, con vueltas y chaleco: banda de terciopelo anudada por detrás, formando cinturón, y adornada con un encañonado de terciopelo.

6.º Casaca Luis XV de muselina ó gasa de Chambéry, adornada con un volante y un terciopelo, rosa, grana ó azul; puff y mangas de codo.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Canastilla-saco de mimbres.—Esta linda labor se borda sobre el mimbre, picando con una aguja de tapicería, con seda de Arjel, azul. Se hace una flor de 16 pétalos, y la semilla se forma con un nudito amarillo: puede bordarse también con lana rosa ó violeta. Este saco canastilla no necesita forrarse; pero si se desea éste más elegante, puede ponerse en el interior seda azul ó rosa.

Se cuida de que el mimbre sea del más fino.

El importe de esta canastilla, es poco más ó menos de 24 á 30 reales.

FIGURIN EN NEGRO DE TRAJES DE BAILE.

(Edicion económica).

1.º Traje de teatro.—Vestido de seda color malva. Falda lisa de cola. Túnica Luis XV, con chaleco por delante, recogida por los lados con un lazo y flores, y guarnecida con encaje blanco, y biés de raso malva. Corpiño escotado, con aldetas cortas, biés de raso y encaje blanco.

Collar de perlas de oro.

Adorno de flores con caída.

2.º Vestido para niña de seis á diez años.—Traje azul y blanco. La falda es de seda azul, adornada con lazos de terciopelo azul; polonesa escotada de seda gris perla, ajustada con cinturón de terciopelo; corpiño escotado y adornado con presillas de terciopelo.

Zapatos de seda azul con lazos, y flores en el cabello.

3.º Vestido de terciopelo color marrón.—Falda de semicola; corpiño abierto en corazón, adornado, así como las aldetas, con encaje blanco; medallón artístico; lazo de terciopelo marrón en el cabello.

Zapatos bronceados con tacones Luis XV, y lazo Fennelon.

4.º Traje para jovencita.—Vestido de gasa de Chambéry blanco. Primera falda con dos volantes; túnica con volantes pequeños por detrás, con solapas, adornado el todo con terciopelo color cereza y lazos del mismo color; fichú cruzado y con caídas por detrás.

5.º Traje lujoso de raso grana, adornado con terciopelos y encaje blanco.—La falda de cola, con un ancho biés de raso granate, que forma delantal por delante; corpiño semi-escotado, con anchas mangas paje, forradas con raso blanco y adornadas con terciopelo y encaje; puff de terciopelo granate en los cabellos, con gotas de rocío.

Zapatos de raso con lazo de terciopelo.

6.º Traje de muselina blanco para jovencita, con volantes ondeados, y formando por delante delantal; corpiño con berta bullonada, cortada con terciopelos azules. corona de rosas en los cabellos.

7.º Traje para baile.—Primera falda de seda blanca ó raso, cubierta con tul blanco bullonado, separados los bullones por guirnalda de follaje y flores grana; corpiño escotado; cinturón de terciopelo grana; doble diadema de perlas de coral, y algunos hilos rodean el cabello y los tirabuzones.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Enamorada.

Han acertado la charada del número 12 las señoras doña Micaela Ruiz y Marín, doña Leonor Lopez y doña Catalina Pardo de Bousingault.

CHARADA.

Mi primera con segunda
A pescador pertenece;
Tercia y cuarta una herramienta
Al carpintero le ofrece.
Es un mueble prima y tertia
Que nunca falta en tu casa;
Y es cosa de la cocina
Mi primera con mi cuarta.
Si tienes tertia y segunda
Todo perfecto lo harás;
Y si adivinas mi todo,
una tela encontrarás.

MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.